

El buen hijo

Javier de Ríos Briz



Cuentometrajes 9

Liburuaren Eguna ospatzeko egindako argitalpena
Edición realizada con motivo del Día del Libro

El buen hijo

Javier de Ríos Briz

CUENTOMETRAJES 9

Santurtziko Udal Liburutegi Sarea
Red de Bibliotecas Municipales de Santurtzi

*Edita: Santurtziko Udala
Ayuntamiento de Santurtzi
Bizkaia*

© Santurtziko Udala. Ayuntamiento de Santurtzi

Edición: Enrique Bernaola

Impresión: Imprenta Bereintza, S.L.

D.L.: BI-862-2010

Cuando paseamos por los parques del pueblo, si tomamos el Metro o el Cercanías o nos desplazamos en Bizkaibus, podemos observar que muchas personas a nuestro alrededor están leyendo. Más o menos incómodos, sentados, en pie..., leen. Leen libros de ediciones baratas u otros en los que podemos apreciar el tejuelo de una biblioteca, leen revistas ilustradas, periódicos deportivos, prensa gratuita..., leen.

Una de esas publicaciones para leer en cualquier lugar es ésta con la que nuestra Red de Bibliotecas celebra el Día Mundial del Libro 2010 y obsequia a sus lectores, publicación que bajo el título “El buen hijo” reúne dos relatos cortos del autor santurtziarra Javier de Ríos Briz que hoy tengo el placer de presentaros. Un nuevo número, el noveno, de la ya tradicional colección “Cuentometrajes” que estoy seguro leeréis con agrado.

Herriko parkeetatik ibiltzean nahiz metroa, trena edo Bizkaibusean goazenean, gure inguruan pertsona asko irakurtzen ari direla ikusten dugu. Batzuk patxadan eserita, besteak zutik daudela... baina irakurri egiten dute. Edizio merkeak batzuek, liburutegietatik ateratako liburuak besteek; hainbatek errebista ilustratuak, kirol aldizkariak edo doaneko egunkariak, baina... irakurri egiten dute.

Hain zuzen ere, eskuartean duzun hau edonon irakurtzeko moduko liburuetako bat da, El buen hijo izena duena. Pozarren aurkezten dizuedan liburuxka honek Javier de Ríos Briz idazle santurtziarraren bi kontakizun labur biltzen ditu. Santurtziko udal liburutegi sareak irakurleei oparitzen die liburuxka hau 2010 urteko Liburuaren munduko eguna ospatzeko. Cuentometrajes bildumaren bederatzigarren alea da eta, zalantzarik ez, atseginez irakurriko duzue.

KULTURA ETA EUSKERA ZINEGOTZIA

Danel Bringas Egilior

EL BUEN HIJO

–Buenos días, mamá, ¿quieres que te bañe hoy, o lo dejamos para mañana? –Pablo realizó esta pregunta mientras subía la persiana con estruendo, dejando que la claridad entrara a raudales en el cuarto de su madre.

–Báñame hoy, hijo.

Pablo abrió la ventana de par en par, para que se ventilara el cargado ambiente de la habitación. Después se situó en un lateral de la cama, des-
tapó por completo a su madre, y cogió en brazos, con delicadeza, el frágil cuerpecillo de su progenitora.

Una vez en el baño manipuló simultáneamente los dos mandos del grifo de la bañera, el del agua fría y el del agua caliente, sabiendo que la mezcla iba a alcanzar la temperatura deseada, con esa seguridad que nos regala la costumbre.

–¿Quieres mear primero, mamá?

–Sí.

Todas las mañanas, precisamente en el momento en que le quitaba a su madre el pañal, y le remangaba uno de sus camisones de flores hasta la cintura, Pablo veía como su cabeza se obturaba por culpa de los recuerdos.

–Agárrate con fuerza a las barras, mamá; ya te lo tenías que saber de memoria a estas alturas.

Pablo no podría olvidar nunca aquel día en el que dos asistentes sociales se presentaron en su colegio, interrumpiendo una soporífera clase de latín, para comunicarle que sus padres habían tenido un accidente de tráfico. “*Alea iacta est*”. Lo irónico es reconocer que durante unos instantes sólo pudo pensar en lo agradecido que se sentía porque lo habían liberado de la tortura latina que infligía a diario el padre Andrés.

En un primer momento no le explicaron nada más; lo recluyeron en una residencia para niños con problemas, y le iban dando las noticias con cuentagotas. Entre noticia y noticia, sesión de una hora de terapia con el psiquiatra. Primero la muerte de su padre, después la larga convalecencia de su madre, y por último, las consecuencias: “Tu madre se ha quedado parapléjica, no va a andar nunca más, de hecho no va a poder mover su cuerpo de cintura para abajo. Los médicos han hecho lo que han podido para evitar lo inevitable, en fin...”

Y después, otra horita de psiquiatra. Ni siquiera se molestaron en explicarle mejor lo que iba a significar para ambos, madre e hijo, aquella dolencia de extraña denominación, y mucho menos el psiquiatra, cuya terapia consistía en escuchar con cara de sota lo que Pablo tuviera que decirle, sin abrir la boca durante los cincuenta y cinco minutos exactos que duraba la sesión. Aunque la verdad es que Pablo no tardó demasiado en comprobar por sí mismo lo que escondía detrás el misterioso nombre de paraplejía.

Mientras su madre orinaba, Pablo cerró los grifos de la bañera, sin dejar de vigilarla con el rabillo del ojo. Después la alzó otra vez en brazos, y la sentó con suavidad en el fondo de la bañera.

—Agárrate, mamá, que para eso he puesto todos esos asideros. Parece mentira que te lo tenga que repetir todos los días.

Pablo enjabonó el cuerpo de su madre con el mismo mimo que emplearía un cirujano en una operación a corazón abierto, sosteniéndola con un brazo y manejando la esponja con destreza con el otro.

—Hoy no te lavo el pelo, mamá; lo dejamos para mañana.

—De acuerdo, hijo, ya haces bastante por mí.

—Sólo hago lo que tengo que hacer. Lo que pasa es que hoy tengo un encarguito de parte de los jefes.

No había pasado ni una semana desde que le comunicaron las limitaciones físicas que iba a tener que arrastrar su madre, y Pablo ya era perfectamente consciente del riesgo que corrían, de las numerosas posibilidades con las que contaban ambos para ser futuros inquilinos de alguna institución benéfica, donde les pudieran atender convenientemente. ¿Qué iban a hacer solos?; ¿cómo se iban a enfrentar a la vida cotidiana, una parapléjica y un chaval de trece años? Pero recibieron una ayuda inesperada: la de los jefes del padre de Pablo, que consiguieron que les permitieran seguir juntos, recibiendo la ayuda de una asistente social por las mañanas, y sometidos a una férrea inspección mensual hasta que Pablo fuera mayor de edad. Pasados los primeros años, los más complicados sin duda, ya llevaban arreglándose los solos más de tres décadas.

Pablo sólo adquirió un compromiso a cambio del amparo obtenido: sustituir a su padre, ser tan fiel como él lo había sido, relevarlo en todas

sus ocupaciones en cuanto cumpliera los dieciocho años, y si era posible, antes.

Pablo secó a su madre con una toalla que había tenido durante un rato apoyada en el radiador, para que se mantuviera tibia.

–¿Quieres desayunar algo?

–No, hoy no.

–Dentro de una hora viene la muchacha, si quieres algo pídeselo a ella. ¿Dónde te pongo, en la silla, o en el sofá del salón?

–Ponme en el sofá. Y me traes lo de coser. ¡No! Hoy es jueves, mejor me pones la tele, que quiero ver un programa nuevo.

Pablo vistió a su madre con lo mejor que encontró en el armario. Aunque no fuera a salir de casa, no había razón para que estuviera hecha un desastre. También cepilló su canosa cabellera, y la recogió en una trenza con más o menos acierto.

Después de dejar a la anciana en el sofá y encender la televisión, se dedicó la siguiente media hora a sí mismo, para afeitarse correctamente y vestirse de manera impecable. Sus jefes exigían la máxima elegancia a todos los empleados.

–Adiós, mamá, volveré a tiempo para hacerte la comida.

–Vete tranquilo, hijo, no hay cuidado.

–Vale, la muchacha no tardará en llegar.

Pablo desapareció cerrando la puerta tras de sí, y estuvo fuera casi cuatro horas. Cuando regresó, después de haber cumplido con el trabajo encomendado, encontró a su madre en el mismo sitio en que la había dejado,

medio adormilada, a pesar de que la tele seguía encendida. Pablo la sacudió los hombros suavemente.

—¿Qué pasa, hoy no ha venido la muchacha, o qué?

—Sí, pero sólo estuvo media hora, tenía que ir a más sitios. ¿Me llevas al baño, hijo?

—¿Tienes ganas de mear?

—Y de lo otro, hijo, y de lo otro.

Pablo cargó con el cuerpo de su madre, como siempre, pensando que cada vez pesaba menos, que se le iba consumiendo entre los brazos. La desvestió, y la colocó en la taza del water, el trono, solía decir ella con sonrisa melancólica. La sonrisa, ese era el único rasgo en el cual Pablo veía a su antigua madre, escondida detrás de la actual.

Cuando su madre hubo acabado, Pablo la levantó, la sujetó con un brazo, y la limpió con la mano libre. En esos momentos la madre de Pablo siempre sentía la necesidad de decir algo, viva muestra de que continuaba siendo una situación incómoda para ella, a pesar del tiempo transcurrido, y a pesar de que no era nada nuevo para ninguno de los dos.

—¿Qué tal el encargo, hijo?

—Bien, mamá, era sólo un aviso, ya sabes.

—¿Le has partido las piernas como siempre?

—Si, mamá, como siempre, como me enseñó papá a hacer.

—¿Y si no paga?

—Si no, ya sabes, matarile.

–Tu padre estaría orgulloso de ti, hijo mío.

–Lo sé, mamá.

Pablo subió las bragas a su madre, y le colocó el vestido lo mejor que supo. Después abrió el pequeño armario que ocultaba el espejo, sacó un pequeño frasco, y le echó a su madre unas gotas de su perfume favorito en las sienes, como a ella siempre le había gustado.

LA VIDA SIGUE, PAPÁ

Creo que me estoy acostumbrando a despertarme todas las mañanas con una desconocida a mi lado. Aunque se me hace un poco raro pensar que ella me quiere mucho, y que yo antes la quería todavía más.

Me ducho como puedo gracias a que en la pared del baño hay dos agarraderas metálicas que alguien instaló para mí. O quizás siempre han estado ahí.

Me visto como todas las mañanas, con parsimonia. Dentro de un viejo armario, ya casi tomado por las termitas, voy encontrando mi ropa. Las camisas, colgadas de las perchas, en silenciosa procesión, soñando probablemente con viejos maniqués, que a su vez sueñan con camisas, tirados en un viejo almacén. Los pantalones, primorosamente planchados, repartidos, unos en perchas, otros en cajones.

Al pie de la cama encuentro un par de zapatos de cordones, negros, brillantes.

No puedo evitar fijarme que los cajones de la cómoda lucen unos pequeños cartelitos pegados con cello, pero no distingo bien lo que pone en

ellos. Llevado por una intuición, abro el primer cajón de la mesita de noche; se supone que la mía, porque hay una a cada lado de la cama. Acierto: hay dos pares de gafas, así que me pongo unas, e intento leer los cartelitos de la cómoda. Veo peor que antes, así que pruebo con el otro par. Sí, ya veo lo que pone, el de arriba dice CALCETINES, el segundo CALZONCILLOS, y el de abajo CORBATAS y PAÑUELOS. Supongo que mi mujer es una maniática del orden, y necesita poner estos letreros para organizarse. El caso es que en la cocina continúa el baile de nombres, que si CUCCHARAS por aquí, que si TAZAS y VASOS por allá. No haría falta tanto mensaje, si se guardaran todos los días las cosas en su sitio, como Dios manda.

Me preparo un café con leche, y el primer sorbo me sabe muy amargo. Como no encuentro el azúcar le echo seis o siete pastillas de SACARINA, EDULCORANTE DIETÉTICO. ¡Dios, sabe a rayos!

Salgo a la terraza para comprobar qué día hace. La temperatura es buena, pero no veo un pimiento a lo lejos, así que vuelvo a la habitación y cambio de gafas. Mi mujer sigue durmiendo como una marmota. Parece no importarle lo más mínimo el hecho de que ya sean las siete de la mañana.

Vuelvo a asomarme a la terraza, y esto ya es otra cosa. Sin dificultad veo el puerto, donde una pléyade de hombres y máquinas trabajan cargando y descargando mercancías, y algún inmigrante ilegal que otro. ¡Pobrecillos, aquí ya nadie recuerda cuántos de nosotros tuvimos que salir fuera! Desde aquí los grandes contenedores parecen azucarillos de colores. Esto me recuerda el horrible sabor de la SACARINA, EDULCORANTE DIETÉTICO.

Alguien ha dejado mis llaves tiradas en la mesa de la cocina. En lugar de colgar de un llavero normal, de propaganda de un garaje, por ejemplo, cuelgan de una etiqueta como las que tienen algunas maletas, en la que

pone mi nombre y mi dirección. ¡Quién habrá tenido una idea tan absurda! Las llaves y la dirección juntas. Si se me perdieran, aunque ya se que es improbable, nos limpiarían la casa. No dejarían ni los letreritos.

.....

Me gusta pasear hasta que la ciudad queda atrás, y el color verde comienza a entrar por mis ojos cansados. A ambos lados de la carretera, un conjunto anárquico de huertas minúsculas se reparten el escaso terreno cultivable. Antes esto no era así. O eso creo yo.

Decenas de jubilados hacen el mismo recorrido que yo, sólo que unos van y otros vienen. Algunos me saludan con una leve inclinación de cabeza, pero yo no sé quiénes son. Aún así, siempre contesto a los saludos, no quiero quedar mal con nadie. Finalmente, uno de los que vienen se para a hablar conmigo, y me pregunta por mi mujer. Respondo que bien, gracias. Después me pregunta por mis hijos y nietos, y le respondo que bien, gracias, aunque no estoy muy seguro de que sea una buena respuesta.

.....

Mi mujer pone una cazuela con sopa a calentar cuando me ve aparecer en la puerta de la cocina.

–Vete a la habitación a quitarte los zapatos.

Así lo hago. Al pie de la cama hay unas zapatillas de cuadros. Me las pongo, y dejo los zapatos en su lugar. Cuando vuelvo a la cocina ya hay dos platos de sopa en la mesa.

–Llegas tarde. Son casi las cuatro y media –dice mi mujer mientras sorbe la sopa con su boca desdentada.

Al principio no sé que decir.

–Ya sabes que no tengo hora fija –digo finalmente. Por decir algo.

.....

Después de comer intento conciliar el sueño en el sofá del salón, pero no lo consigo, así que decido salir un poco a la calle a pasear. En mi habitación están los zapatos, al pie de la cama. Dejo mis zapatillas en su lugar. Bajo a la calle. La verdad es que ahora no me apetece mucho andar, estoy cansado, puede que sea sueño. Subo a casa. Entro en mi habitación, y dejo los zapatos al pie de la cama, después de ponerme las zapatillas. Voy al salón, y me tumbo un poco en el sofá. No tengo sueño. Enciendo la televisión, parece que ponen un culebrón sudamericano, y lo intento seguir durante unos minutos. No puedo, es demasiado pesado, hablan, y hablan, y hablan, y no dicen nada. Decido bajar a la calle a dar una vuelta, puede que encuentre a alguien conocido, y charlemos un ratito. Voy a mi habitación, me pongo mis zapatos que están al pie de la cama, y dejo las zapatillas en su lugar. Bajo a la calle. Estoy cansado, decido subir a casa.

.....

Me despierto por la mañana, bruscamente, posiblemente a causa de las pesadillas. Últimamente hay una que se repite con frecuencia: estoy ocupando un puesto de trabajo en Altos Hornos de Vizcaya (todo el mundo sabe que soy escritor, y que siempre he trabajado en casa), y de repente aparece un hombre que me pone una mano en el hombro, y con su mano libre me tiende un sobre; yo abro el sobre, extraigo un papel de su interior y lo leo: JUBILACIÓN ANTIPADA, INCAPACIDAD LABORAL. Es algo realmente absurdo.

Finísimos rayos de luz se cuelan por las rendijas que deja la persiana, ya vieja. A mi lado está mi mujer. La miro mientras intento recordar cómo nos conocimos. No lo consigo. Sólo sé que nunca la he querido demasiado.

Me ducho. Estoy a punto de resbalar, pero me sostengo con la ayuda de unas extrañas agarraderas metálicas. Me visto como todas las mañanas, con el precioso batín de cuadros rojos y negros, que invariablemente guardo en mi armario. Parezco un marqués.

A los pies de la cama hay unos zapatos, con cordones, negros, brillantes. Me los pongo. Me fijo en la cómoda. Alguien se entretuvo ayer en pegar unos papelitos a los cajones en los que parece poner algo. Me acerco todo lo que puedo, hasta que por mi nariz entra un desagradable olor a barniz de mala calidad, pero no soy capaz de leerlo. Quizás debería ir pensando en ponerme gafas. Siempre he sido un poco cabezón, y me he negado sistemáticamente a ir al óptico.

Salgo a la terraza. Hace buen día. Puedo comprobar que de lejos veo tan mal como de cerca. Creo que ahora hay unas gafas que solucionan todos los problemas a la vez. Me lo pensaré.

Decido bajar al bar de la esquina a desayunar, como todos los días.

.....

A la hora de la comida mi mujer ha sacado una pequeña caja de color azul de uno de los armarios de la cocina, y me ha dicho:

—A partir de hoy tienes que tomarte una de estas pastillas a la hora de la comida, y otras dos a la hora de la cena.

Me va a estallar el estómago con tanto fármaco, pero en fin, por el momento he decidido no protestar, porque supongo que es por mi bien. Aunque estoy empezando a pensar que mi mujer tiene una sospechosa tendencia a atiborrarme con esas malditas drogas, para tenerme más controlado.

Después de comer me he quedado dormido en el sofá del salón. He soñado con elefantes rosas. ¿Qué significará? ¿Habré hecho mal tomando la pastilla nueva con vino?

.....

Me levanto porque ya no puedo dormir. Cojo la ropa que tuve puesta ayer de la silla, y voy a oscuras hasta el baño para no despertar a mi mujer. Miro el reloj, no consigo ver bien la hora, cada vez hacen las esferas de los relojes más pequeñas, deben de ser las cuatro o las cinco de la mañana. Me visto, vuelvo a la habitación, y con la luz que proyecta el baño hacia ella localizo mis zapatos al pie de la cama. En la cocina si puedo ver la hora, ya que el reloj hortera, imitación de un timón de barco, tiene un tamaño más que respetable, y si a ello añadimos que me subo a una silla para verlo más de cerca, pues queda explicado que al fin consigo averiguar que son las cuatro y cuarto. Salgo a la terraza, la noche está cerrada, y no se ve absolutamente nada. La farola que hay cerca de mi portal estará fundida como siempre. Hace frío, supongo que debido a la hora. Me preparo un café con leche, con mucho azúcar, que soy bastante goloso. Mis llaves están encima de la mesa. Mi chaqueta de pana en el perchero. Me voy a dar un paseo.

.....

Le he echado una buena bronca a mi mujer, porque la comida no estaba a su hora, como Dios manda. Soy un hombre de costumbres fijas, a no ser que pase algo fuera de lo común, y no estoy dispuesto a transigir en lo que

respecta a los horarios. Soy muy estricto en eso. Después me he sentado en mi sillón favorito para ver los noticiarios. Tengo que confesar que me pierdo un poco entre tanta noticia laberíntica. No sé hacia donde va este mundo de locos, con tanta gente desubicada, con tanta gente que no sabe a ciencia cierta cuál es su papel en esta vida.

Repentinamente, cuando estaba a punto de dejarme envolver por un sueño reparador, arrullado por la monótona voz de un locutor de rostro desconocido, posiblemente nuevo en su oficio, se ha acercado mi mujer por detrás, y me ha dicho:

–Dentro de una hora viene tu hijo Javier a verte.

–Ya me extraña. Hace siglos que no se deja caer por aquí.

.....

Llaman a la puerta. Justo cuando estaba en la mejor parte de la siesta. ¡En la que duermes! Tengo que ir yo, como siempre. Abro la puerta, y casi me doy de bruces con un hombre que intenta entrar.

–¡Joder! ¡Ya tardáis en abrir!

–Un momento, joven, yo no le he invitado a entrar.

–Venga, papá, no me digas que no me reconoces.

–Claro que sé quien eres. Eres mi hijo Javier, ¿no creerás que soy tonto? Venga, pasad.

Pasad, sí, porque no viene sólo. Le acompaña una mujer que no he visto en mi vida. Hijas no tuve, de eso estoy seguro. Sólo dos hijos, y uno de ellos, Nacho, vive en Barcelona.

Aparece mi mujer, y ella sí parece conocer a la desconocida, o sea que ya no es una desconocida, bueno, yo ya me entiendo. Se estampan la una a la otra un par de buenos besos en las mejillas.

—Hola, Javi. Hola Irene, pasad al salón, que tenemos que hablar. Hace casi un año que no nos veíamos.

Yo, como no tengo nada que hacer, me bajo a la calle a dar un paseo.

.....

Me despierto por culpa de mi mujer que está subiendo la persiana, haciendo un ruido horrible. Me incorporo en la cama. La luz entra a raudales en la habitación, deslumbrándome, humillándome porque me hace bajar la cabeza.

—¿Qué hora es? —pregunto yo.

—Son casi las ocho y media, cariño. Vete a ducharte, te he dejado en el baño una muda limpia y la ropa de los domingos. Aquí tienes tus zapatos, al pie de la cama, como siempre.

—Hoy no es domingo. ¿O sí?

—No, pero nos va a llevar tu hijo Javi a un sitio, y hay que ir presentables.

—¿Va a venir Javi? ¡Hace siglos que no le vemos! Y su mujer, ¡que maja era! ¿Como se llamaba? Creo que Irene, ¿no?

—Sí, Irene se llama. Venga vete a ducharte.

Algo raro le pasa a mi mujer. Está nerviosa, esas cosas las noto yo enseguida. Tiene un extraño brillo en la mirada, como si hubiera estado llorando.

Cierro la puerta del baño, y empiezo a quitarme el pijama. Al otro lado de la puerta me parece oírlo enredando en el armario, y haciendo un ruido del demonio. Me pregunto qué diantre estará buscando.

Me meto en la ducha. Me resultan tremendamente útiles unas agarra-deras metálicas que instaló mi hijo Javier el año pasado. Menudo susto se pegó toda la familia aquel día que me resbalé en la bañera.

.....

Llaman a la puerta. Tengo que ir yo, como siempre. La abro, y delante de mí aparece mi hijo Javier. Estoy a punto de dar con la puerta en las narices a una mujer que venía detrás.

–Perdone usted, no la había visto.

–No trates de usted a Irene, papá, por favor.

–Perdona, no te había visto.

La tiparraca no se molesta ni en contestarme, y me arroja una mirada furiosa, de esas que solo saben destilar las mujeres.

–¿Por qué no has avisado que venías, Javi? –pregunto a mi hijo, que se me queda mirando durante unos instantes antes de responder.

–Se me ha olvidado, papá, lo siento. ¿Dónde está mamá?

–Está en el baño peinándose, dice que vamos a no sé donde. Hacía mucho tiempo que no se ponía tan guapa, parece que vamos a una fiesta. Bueno, yo me voy a dar un paseo, mientras.

–Déjate de decir tonterías, y siéntate en el salón un momentito. Irene te hará compañía.

Nos sentamos los dos en el salón. Yo en mi sillón favorito, y ella en el sofá grande, al que sólo recorro cuando quiero echar la siesta. Ella me mira desafiante, y yo me propongo hacer lo mismo todo el tiempo que haga falta, pero me entra sueño enseguida, y no puedo evitar que los ojos se cierren desafiando mis ordenes.

Me parece que sólo han pasado unos minutos, cuando me despierta mi hijo.

–Venga, papá, que no es momento de dormir.

–Claro –dice mi mujer–. Toda la noche danzando por la casa, y ahora por el día se duerme hasta de pie.

–Eso es mentira. Yo por las noches duermo muy bien

–Bueno –me interrumpe mi hijo Javier–. Ya está bien, todos para abajo, que tengo el coche en doble fila. A ver si me van a cascar una multa por vuestra culpa.

–Nadie me había dicho que nos íbamos –contesto yo, lógicamente enfadado–. Si sé que salíamos, me hubiera puesto mi traje de los domingos.

Nadie me hace caso, y me empujan hacia la puerta a empujones. Mi hijo lleva una maleta enorme. Cuando llegó no me di cuenta de que la llevara. No sé donde se creará que vamos.

.....

Me gusta viajar en automóvil. Bueno, ahora los llaman de otra manera. Me han dejado ir delante con mi hijo, con la condición de que me ate el cinturón de seguridad. Me oprime un poco el pecho, pero no me importa. Me gusta ir al lado del conductor. Detrás va la mujer de mi hijo, es muy

simpática y se llama Irene. También viene mi mujer, que está hurgando en su bolso. Finalmente, parece que encuentra lo que buscaba, y me lo da.

—Toma, ponte las gafas, para que puedas ver el paisaje.

No sé que haría sin mi mujer. Es la persona que mejor me conoce en el mundo. Me gusta observar, porque yo soy escritor, y lo que más nos gusta en el mundo a los escritores es poder observar, para luego contar lo que vemos. Yo antes siempre llevaba en el bolsillo una libretita donde apuntaba todo lo que veía. Ahora prefiero fiarme de mi memoria, dejar que los recuerdos reposen en las bodegas de mi cerebro, para que vayan mejorando como el vino, y lleguen a ser más reales que la realidad.

El paisaje va mejorando a medida que la gran ciudad, y su cohorte de ciudades dormitorio quedan atrás. No sé a donde vamos, quizás sólo estamos dando un paseo en coche por el placer de hacerlo. ¡Sí, coche, así es como los llaman ahora: coches!

A lo lejos se divisa un edificio enorme rodeado de jardines, una especie de casona antigua restaurada, rodeada por una verja. La verja se ve interrumpida por un arco de piedra que forma una especie de entrada. Debajo del arco, la verja se transforma en puerta. Tenemos que esperar a que nos abra un hombre vestido de uniforme, una especie de policía privado de estos que hay ahora, que puede contratar cualquiera con ganas de sentirse importante. Me asomo por la ventanilla, y puedo ver un cartel enorme en la parte superior del arco: RESIDENCIA PARA LA TERCERA EDAD. Seguramente venimos a menudo a visitar a alguien, pero no consigo recordar a quién. El coche arranca despacio. Una mujer que viene con nosotros en el coche, al lado de mi mujer, me pone una mano en el hombro, y dice:

—La vida sigue, papá, no te preocupes.

No entiendo qué quiere decirme esta señora. Me giro para mirarla, y por la luna trasera del automóvil puedo ver como el hombre uniformado cierra la verja.

EL AUTOR

Escribo **relato corto y muy corto**, aunque creo que alguna novela puede haber perdida en un cajón de mi casa; sería cuestión de ponerse a buscarla. Hubo un tiempo en el que participaba en concursos literarios y obtuve pequeños galardones como el Premio Ortazar del periódico *Deia*, o el Premio de Cuentos Valle de Gordexola.

He publicado mi primer libro, **Cuentos para gente impaciente**, en Bubok

(<http://javiderios.bubok.com/>)

IDAZLEA

Kontakizun laburrak eta oso laburrak idazten ditut, baina bilatzen hasita, etxeko tiraderaren batean eleberriren bat aurki nezake. Garai batean literatur lehiaketetan parte hartzen nuen, eta zenbait sari jaso nituen, hala nola, *Deia* egunkariak banatzen duen Ortazar Saria, edo Gordexola Haraneko Ipuin Lehiaketako saria.

Lehenengo liburua **Cuentos para gente impaciente** Buboken argitaratu dut

(<http://javiderios.bubok.com/>)



SANTURTZIKO UDAL LIBURUTEGIA SAREA RED DE BIBLIOTECAS MUNICIPALES DE SANTURTZI

LIBURUTEGI NAGUSIA BIBLIOTECA CENTRAL

Plaza Juan José de Mendizábal, s/n
E-mail: biblioteca@santurtzi.net
Tfno.: 94 461 08 54 • Fax: 94 462 57 15

LAS VIÑASKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE LAS VIÑAS

C/ Bullón, s/n
E-mail: bibliotecavinas@santurtzi.net
Tfno.: 94 483 73 33

KABIEZESKO HAUR LIBURUTEGIA BIBLIOTECA INFANTIL DE KABIEZES

Antonio Alzaga, 64
E-mail: biblioinfantilkabiezes@santurtzi.net
Tfno.: 94 483 82 32

KABIEZESKO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE KABIEZES

Plaza de Kabiezes, s/n
E-mail: bibliotecakabiezes@santurtzi.net
Tfno.: 94 493 43 70

SAN JUANGO LIBURUTEGIA BIBLIOTECA DE SAN JUAN

Juan Sebastián Elcano, 11-13
E-mail: bibliotecasanjuan@santurtzi.net
Tfno.: 94 462 85 85

<http://www.santurtzi.net/ociocultura/reddebibliotecasmunicipales/tabid/64/default.aspx>



Kultura eta Euskara
Cultura y Euskera